

contrapoder

**jorge a.
naranjo**



Pues todo lo que cuento lo he visto, y si puedo engañarme en el modo de verlo, os aseguro que no os engaño al contarlo.

Stendhal

**

"No voy a reducir la mecánica de la acción política en Colombia a esta complacencia en la abyección; el problema es más complejo, dramático e impersonal. No voy a dejarme llevar al terreno de las polémicas brillantes, ni al de los insultos necios (...) la fuerza de una posición no proviene del desprecio, ni siquiera del talento o de una adhesión ideológica, sino de la independencia y de la conciencia".

Jorge Gaitán Durán

**

(Para una discusión sobre la función política del profesor)

I

Joven profesor en la universidad de Basilea, filólogo promisorio y helenista respetado, en 1871 Nietzsche escribe y publica el *Origen de la Tragedia*, una meditación sobre Grecia y el pesimismo. Al principio, total silencio acerca del libro. Luego, la reacción de los especialistas. Ataques destemplados, en donde no se sabe muy bien qué es lo que se ataca: que Nietzsche no es helenista, ni filólogo, ni ama la verdad; que ese libro es un delirio, una "ingeniosa borra-chera". No tarda en seguir el proceso al profesor Nietzsche, al cual convoca el poder del discurso, bajo las condiciones y el régimen institucional del discurso académico de la filología, de la historia antigua, de la filosofía: ¿Tuvo Nietzsche en cuenta a..., es pertinente su cita de..., concuerda su interpretación con la de las autoridades competentes, es fiel a la historia de Grecia? Hay errores indudables en la obra, pero no son graves: imprecisiones, aunque no en lo esencial. La pregunta que los guardianes del orden del dis-

curso se hacen es: ¿qué es lo que este libro viola? Wilamowitz da la solución institucional al problema: Nietzsche "no ama la verdad", Nietzsche hizo tal vez una "obra de arte apolíneo-dionisiaca", el cuadro de un "mundo onírico" y no un libro de historia o de filología. Todos tan tranquilos. El orden del discurso de la filología clásica expulsaba hacia otra parte el discurso nietzscheano. Lo subversivo como historia no lo era como novela. Pero el daño estaba hecho, el bacilo sembrado, la filología había sido minada, pese a todos los recursos institucionales aplicados contra el profesor Nietzsche...

¿Contra el profesor Nietzsche? No del todo: contra él, sólo en la medida en que un poder atacado reaccionó contra el punto de donde parecía provenir el ataque: el punto, el lugar ocupado por el "profesor Nietzsche". Incluso, Nietzsche debió abandonar la universidad.

1. Esencial para considerar aquí: por un tiempo, en un lugar determinado, un "contrapoder" ha surgido, se ha ejercido como discurso contra el poder del discurso: un profesor ha podido, al menos durante un tiempo, hacer del uso y la aplicación de sus funciones sociales una máquina de producción de enunciados activos, subversores de un "orden de discurso" dado.

Como cualquier profesor, Nietzsche tiene unas funciones específicas asignadas: agencia un poder sobre el discurso, tiene el derecho y la autoridad institucionalmente reconocidos y garantizados para hablar de ciertas cosas y para incitar a otros a hablar de ellas: incluso tiene asignados el lugar y el momento de hablar: en Alemania se esperaba con interés, en los medios culturales, "el primer libro" del joven profesor. Es decir, Nietzsche no sólo tiene el derecho sino el deber de hablar de lo que sabe, de lo que se le reconoce que sabe, filología clásica. Así pues, proyecta un libro. Infinidad de bosquejos, de escritos preparatorios. Mucho se teme que el libro "no producirá una impresión filológica; pero ¿quién puede ir contra su naturaleza?".

Al principio los temas que quiere tratar se multiplican. Es todo lo griego lo que le interesa y concierne a su asunto. Pero "todo lo griego" no se encuentra en la Grecia del erudito. Como erudito, el profesor Nietzsche, para hablar de lo griego hubiera debido esperar hasta el aburrimiento de un año sabático, escribir un libro "a la profesor Burckhardt". Pero Nietzsche se quiere quitar las pantuflas del erudito, "las viejas y conocidas pantuflas" y danzar descalzo, al influjo del poder dionisiaco... El saber sobre los griegos no va a ser reproducido simplemente como una variación sobre el saber ya constituido. Nada, nada, es preciso romper la clausura en que vive el filólogo, encerrado con fantasmas, con mausoleos y estatuas antiguas, con documentos incapaces de decir nada por sí mismos. Conectar el saber sobre los griegos con el afuera, con el tiempo presente: Schiller, Goethe, Wagner, el espíritu alemán, el filisteísmo, la moral... Resultado: la relación implícita anudada por el discurso institucional sobre Grecia (el discurso de la filología clásica) con las condiciones sociales del presente histórico: las tomas de posición políticas e ideológicas de la filología del siglo XIX con respecto de los procesos sociales del siglo XIX (tomas de posición implícitas pero actuantes en la interpretación que de Grecia hacía la filología); el contenido político del discurso de la filología queda denunciado en el momento mismo en que el discurso de Nietzsche, el discurso de un joven filólogo, explicita sus relaciones con el presente histórico en donde es pronunciado. Ahora bien Nietzsche no hace manifiesta la denuncia, no la denuncia para no denunciarse, con lo que habría dado lugar a un efectismo sin consecuencias pues no causarían ninguna herida real al corpus filológico, no alteraría las relaciones de poder: lo que sin decir dice Nietzsche con su hacer es que la filología no es una mirada desinteresada del pasado (ningún saber histórico lo es), que tiene un interés actual en mirar como mira el pasado de Grecia. La verdad filológica, (la verdad que se pone en juego en un saber) es una verdad

interesada. Hay una toma de posición política implícita en la filología. Ahora bien, con su hacer Nietzsche produce más que esa denuncia, produce una contrafilología, un "contra discurso" —pero es un discurso— que sirve de soporte real y confiere todo su poder a la denuncia. Nietzsche busca hacer que la denuncia quede implicada, *producir las condiciones para que la denuncia quede no sólo asegurada sino también fundada*. Denunciar a las instituciones es como gritar a las piedras: hay que saber cómo hacerlo para que oigan. Aprenderlo.

Lo que explica el que Nietzsche tema que el Origen de la Tragedia no suscite una impresión filológica, es precisamente que el discurso, para poder usar el poder del discurso filológico, debe fundarse en la tradición filológica. La eficacia política se entiende, es tanto mayor cuanto más fuerte soporte encuentre en el saber institucional desde el punto de vista de la interpretación del fenómeno objeto del saber. Se trata de un combate. Nietzsche no puede escoger el terreno, está dado: es la verdad lo que está en juego, "la verdad de este mundo", la verdad filológica, como objeto del poder. Nietzsche no quiere hablar de cualquier cosa. Quiere hablar de la apropiación que del sentido de la sociedad grie-

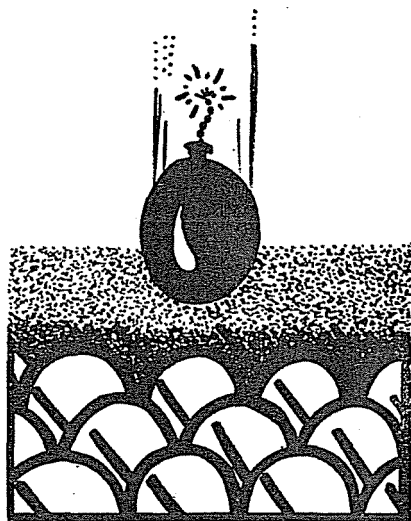
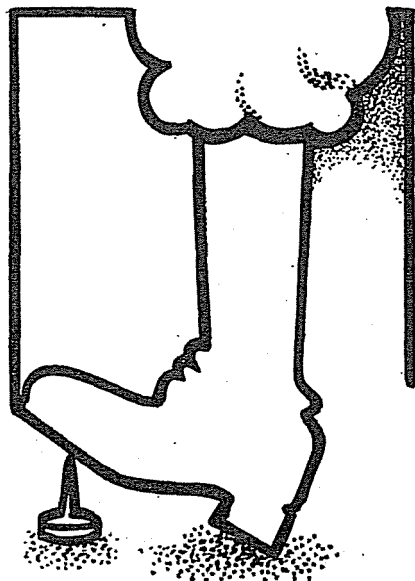


ga hace la sociedad europea, quiere leer en la verdad de la filología sobre Grecia la verdad que la sociedad moderna, bajo unas relaciones históricas dadas, produce sobre Grecia a partir de sí misma, verdad manipulada, producida en el seno mismo de la vida social moderna. La "verdadera Grecia" de la filología y la historia escondía las relaciones (implícitas) anudadas por el poder con la filología. La verdad imperecedera era el resultado de "efímeras" relaciones de poder. Ahora bien, Nietzsche no dirá nada de esto. Nietzsche hablará de la tragedia griega, de Dionysos y Apolo, de Sócrates y Eurípides. Una "obra de arte apolíneo-dionisiaca" en la que aparecen todos los nombres de la historia griega, todos los nombres familiares al filólogo. Pero esos nombres vienen ahora recortados sobre un nuevo fondo, sobre un nuevo suelo, el suelo movedizo e inquieto animado por Dionysos. La filología tiembla. Falta de amor a la verdad, sentencia Wilamowitz. Falta de amor a las relaciones que habéis entablado con el poder, vosotros, detentadores de la verdad, falta de amor a vuestro uso de la verdad, responde, más que Nietzsche, el texto mismo, el contrapoder mismo.

2. Como erudito Nietzsche no podría hacer otra cosa que someterse al discurso filológico. Nietzsche no quiere someterse, sino sujetarse: es decir, Nietzsche no quiere hablar desde el vacío, quiere ha-

blar en concreto, desde una región enunciativa, desde un discurso, que le sirva como medio de expresión. Pero ese medio de expresión está cargado por el poder. El mismo es ya expresión de relaciones de poder. Por eso Nietzsche debe buscar una estrategia para adentrarse en el problema del Origen de La Tragedia a través del saber filológico y para dar expresión al problema en un discurso filológico.

Ante todo, establecer una relación implícita, con el orden del discurso, de ataque y no de defensa. La relación del erudito es de defensa. La relación del "efectista" es de ataque explícito. Esta relación implícita debe quedar oculta bajo una relación explícita de sujeción al orden del discurso. De sujeción, no de sometimiento. Esto queda garantizado en el momento en que un discurso se convierte en medio de expresión del problema. Lo difícil es lograr esa conversión. Nietzsche lo logra a costa de: soportar un debate, una confrontación, como filólogo, con la filología; estudiando un problema filológico; Grecia, la Tragedia, el pesimismo griegos. Es allá donde se jugaba la suerte de lo puesto en juego aquí. Era en la confrontación, en el saber, de dos interpretaciones sobre un mismo problema, en donde se jugaban las relaciones entre el poder y la verdad propias de la filología en el siglo XIX. Y era un problema "de griegos"...



En lugar de usar el poder de hablar del pasado, del saber que se le reconoce, para reproducir el poder social actual, para reforzar el poder del discurso y el de las instituciones sobre el discurso, hablar del pasado, que es de lo que se le permite hablar en un momento dado; para invertir el uso del poder actual, para que el poder actual se torne contra sí mismo. Habla pues de Grecia, se hace el inactual, el que es indiferente al presente, el que estudia filología (y estudia, no se crea que se reproduce el discurso del filólogo a propósito de un problema nuevo, no se crea que se "imitan" las maneras del filólogo si no se conoce a fondo de filología). Incluso se somete a que sea cuestionado como problema de orden filológico aquello que él sabe muy bien que excede el ámbito filológico: ello es, "El Origen de la Tragedia" como un acto político, una descarga de contrapoder.

3. Como cualquier profesor, Nietzsche, en el uso de sus funciones, administra una cuota de poder social que "se" le confía: el poder sobre el discurso (de la filología clásica), cantidad de poder expresada por las atribuciones del cargo, pero efectivamente indicada por lo que puede hacerse en el marco de la red general de funcionarios y de relaciones de poder. Nietzsche está sujeto en un punto particular de una distribución social de cuotas de poder.

Como tal, un profesor (incluido por supuesto el profesor Nietzsche), es un agente de la política de la verdad⁽¹⁾ en una sociedad determinada. Un profesor "hace funcionar como verdaderos ciertos discursos", "está encargado de aplicar los mecanismos y hacer valer las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos"; enseña "las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad"; él mismo es una instancia de "las que tienen por encargo decir lo que funciona como verdad en una sociedad" y remite a otras del mismo tipo.

He ahí pues la cuota de poder socialmente concedida al profesor.

Un profesor, cada profesor, ocupa un punto particular, es un "valor particular" de la función social que define al "profesor" en el marco de la (llamada por Foucault) política de la verdad. Valor particular, en cuanto que cada profesor está especificado por el tipo de saber que enseña, promueve, controla, manipula; agencia. (Por otra parte, valor particular en tanto que un profesor está especificado también por su posición de clase y por sus condiciones de vida y de trabajo. Triple especificidad que hace de cada profesor un caso particular).

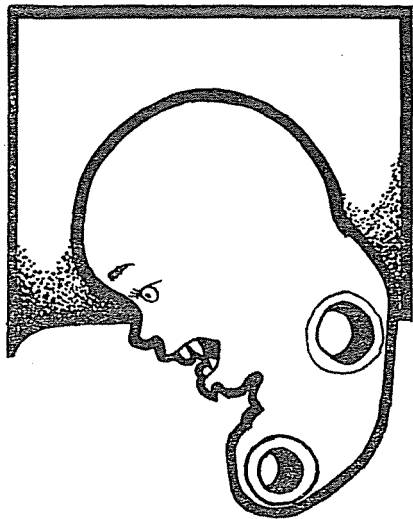
Desde el punto de vista de la política de la verdad, el profesor cuenta con una "autonomía relativa" para el manejo de la cantidad de poder adscrita a su función. Como filólogo, Nietzsche puede usar del saber de la filología como de una memoria del saber. Puede apelar a los textos, hacer citas de las autoridades filológicas, respaldarse en la institución. Una de las cosas que a Wagner le gustaron del Origen de la Tragedia era que no había referencias... El libro de Nietzsche no quería funcionar bajo una memoria central, bajo un sistema de referencia dado por la filología. Nietzsche quería ser un observador contra-filológico, no le bastaba usar "la inercia" de los sistemas filológicos; Nietzsche no se conformaba con la autonomía relativa. La aceptaba, sí, como regla de juego, como elemento importante de la correlación de fuerzas. Pero buscaba algo más: transformar la autonomía relativa para el manejo de la cuota de poder adscrita a la función que desempeñaba - en qué?

En autonomía total para el manejo de una cantidad finita de poder: aquella puesta en juego en las relaciones que el poder ha entablado con la verdad en el campo de un saber específicamente filológico. Libertad de cátedra quiere decir eso: no libertad para decir cualquier cosa, para hacer toda suerte de efectismos, sino autonomía total para poner a prueba, desde la cátedra, las relaciones efectivas anudadas por un saber específico con el poder de una sociedad, con las jerarquías del po-

der. (Libertad de cátedra es una consigna nietzscheana; más aún, spinocista. Como tal, debe ser asumida por todos los que hoy luchan en la dimensión de la política de la verdad y en las condiciones definidas por la política de la verdad en nuestra sociedad, por la génesis del contrapoder).

Nietzsche pues, no se conforma con la autonomía relativa. No quiere ser otro caso particular del mismo sometimiento, no quiere volver a entonar la letanía del docente sometido, engañado en la ilusión de su autonomía relativa para repetir lo que la política de la verdad le impele a decir. La mayor parte de las luchas docentes por un buen nivel académico se hacen con malas armas, y por eso los que quieren que la historia no pase en vano sucumben ante los que les dicen reformistas. Porque, ciertamente, la autonomía relativa no es bandera de lucha: es lo que de una vez está concedido, por el poder social, al profesor, como agente de la política general de la verdad. El "erudito", que termina pidiendo autonomías relativas y defendiéndolas, sólo recibe, en nombre de la sociedad, la burla del efectista: piden lo que los somete. Ahora bien, el efectista es, casi siempre, el que grita reformista a todo el que quiere politizarse en su sitio, politizar su lugar, su práctica de trabajo específica. Y es porque el efectista no reconoce la existencia de autonomías relativas, mucho menos la posibilidad de transformar las autonomías relativas en contrapoderes. El sólo cree en el poder total, en la unidad total, en la opresión total. Tiene un curioso desdén por todas las diferencias. Incluso las contradicciones secundarias las acepta de mal grado. El, aún sin quererlo, es totalitario.

Nietzsche busca transformarse, de caso particular, en caso singular. De administrador (relativo) de una cuota de poder, en agente de un contrapoder. Según dice "comienza ahora para mí el tiempo del escándalo, después de haber despertado por algún tiempo una agradable complacencia, porque llevaba puestas las viejas y conocidas



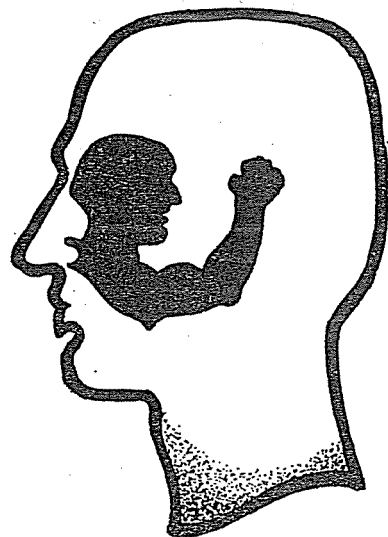
pantuflas". Escándalo, en Nietzsche, no significa sino conmoción. Pero conmoción poco escandalosa, a no ser por el escándalo que arman los otros y al que, en serio, no hay por qué hacerle caso. Escándalo no es escándalo público, tanto que Nietzsche contaba con que el buen profesor Ritschl, su maestro, le diera palabras de aprobación, "unas palabritas... con las que le manifestara que el libro era esperanzador..." ¡Hasta ese punto Nietzsche buscaba poder ubicarse en la tradición filológica!

(¿Arribismo nietzscheano? Depende de con qué ojos se avalúe el comportamiento. Lo que importa aquí es evaluar la estrategia política de la génesis de un contrapoder, su eficacia. Nietzsche no tiene la menor responsabilidad en el hecho de que su libro "haga escuela". Es que es un buen libro de filología, es que Nietzsche sabía filología, y no es culpa suya que, según el régimen de la verdad, la verdad sea un poder. Pero, aún más, Nietzsche no va a engrosar el expediente de las escuelas filológicas. Escribe la contrafilología y es como tal, como una herida en el cuerpo de la filología que persiste: como contra poder incrustado en el seno del poder, como un desequilibrio en el poder... Hablar de arribismo a este respecto es, por decir lo menos, falta de perspectiva.

4. Un profesor es un caso particular de una función definida so-

cialmente en el marco general de la política de la verdad. Es una cantidad de fuerza de trabajo social invertida en una producción material: la de la verdad, la de enunciados verdaderos: fuerza de trabajo empleada en concreto, bajo la forma de un trabajo real y concreto: desde el punto de vista de su lugar en la producción, es sin duda un vendedor de fuerza de trabajo, con todas sus consecuencias. Pero su lugar en la producción no es un desierto; lo rodean instrumentos de trabajo específicos, concretos; vende fuerza de trabajo en condiciones específicas, hasta el punto de que la venta no se puede separar de la forma de venta ni del modo en concreto como esa fuerza de trabajo es consumida. La fuerza de trabajo profesional se consume localmente, en un punto estratégico definido por la "economía política de la verdad". (Cada uno sabe en la práctica distinguir la escuela de Doña Rita de Summerhill, pero casi nadie ve en ello un elemento esencial para la teoría de la función política del profesor).

Como caso particular, Nietzsche debe, en una región local, administrar un saber; convertir, por el consumo de su fuerza de trabajo, una cuota de poder en una mayor cuota de poder. Ampliar el poder social. No es eso lo que, con toda inocencia, piden al profesor las



instituciones, es decir que "enseñe" a la gente, que les enseñe a manejar el poder, a conservarlo, a acrecentarlo? Pero Nietzsche induce un transtorno. De caso particular se hace caso singular.

Llamamos caso particular al ejercicio concreto de una función social. Un profesor que se limita a ejercer su función (a manejar la cuota de poder adscrita a ella para reproducir las relaciones definidas por la política de la verdad entre la verdad y el poder) es un caso particular. Por lo demás, este caso particular es de lo más general.

Un contrapoder resulta allí en donde el ejercicio de una función social, que pone en juego una cantidad de poder determinada por la cuota de poder social adscrita a la función (caso particular) es sustituido por el ejercicio de una función que local y temporalmente pone en juego una cantidad de poder igual a la de la función sustituida más un excedente no controlable de poder. Este excedente se llama "cantidad asociada de poder" (asocial, no antisocial) y al funcionario que opera la sustitución lo llamamos "caso singular".

El profesor Nietzsche se convierte en caso singular en el momento en que sustituye su función por otra, tal que local y temporalmente imita a la primera, pero capaz, por su propia cuenta, de apropiarse de las cantidades de poder involucradas y usarlas para fi-

nes en nada "útiles". Local y temporalmente: Nietzsche sabe que no podrá hacer de su función docente, permanentemente, un contrapoder. La razón es que si un contrapoder se ejerce cambian las relaciones de poder, cambia la correlación de fuerzas. Repetir un ataque idénticamente no es, en general, buena estrategia. Cambio en la correlación de fuerzas, cambio de terreno de combate, cambio de estrategia en la génesis del contrapoder. No hay líneas de conducta del contrapoder. Un contrapoder es siempre local y específico. No hay conceptos universales para pensar en el contrapoder. Siempre trabajar en lo específico, siempre usar conceptos con grados de alcance variables, nunca enunciados universales, nunca otra cosa que conceptos "al alcance" de la práctica, conceptos y enunciados directamente ligados con la acción, conceptos orgánicos, enunciados específicos, solidarios con la acción. El pensamiento como guerrilla. El caso singular como una guerrilla del pensamiento. El profesor Nietzsche como guerrillero.

5. Examinemos la sustitución hecha por Nietzsche. Wilamowitz decía que el fin de los estudios clásicos era que la antigüedad Clásica proporcionara a la juventud filológica "la única cosa imperecedera que concede el favor de las musas", la verdad. Lo que no dijo era que las musas en mención no eran las griegas, sino las musas de la academia. Nietzsche está de acuerdo: ese es el fin de la filología, la verdad. Además, una musa lo inspira, la flauta de Dionysos, una música brota de su escritura. Discreta "sustitución": el profesor Nietzsche habla de filología, razona como filólogo, pero sustituye el equilibrio olímpico por el desequilibrio Apolo-Dionysos, esto es, sustituye las jerarquías del poder que la filología toma como verdaderas por otras que propone, a título de filólogo, a la filología.

Hay un punto que no debemos dejar escapar. Nietzsche pudo, incluso, sujetarse más al discurso filológico. Hasta pudo imitar mejor las maneras del filólogo. Por ejemplo, que no hiciera citas no es na-

da "étonant", como quería Wagner. Manifestar que se cuenta con una memoria del saber al alcance no agrega ni quita eficacia al trabajo, no le concede ni más ni menos "originalidad" al acto de pensar, de producir contrapoder...

Puede, y debe pensarse cada vez, en la eficacia o no de hacer manifestaciones explícitas de sumisión al orden del discurso. Sin embargo, si realmente se está en una relación implícita de ataque a ese orden, basta con sujetarse a él para hablar, mientras que en tales condiciones manifestar sumisión no es sino un disimulo (pero a veces es preciso disimular (como todos lo saben)!

En todo caso, no deja de ser preocupante, a propósito de Nietzsche, el que haya despertado tan directa hostilidad en el medio universitario. ¿No habría maneras más sutiles de enunciar, maneras de enunciación que permitan permanecer en la clandestinidad? Hay ejemplos... El problema es político.

II

6. Problema del contrapoder: encontrar la función sustitutiva. No es cuestión de un método, ni de una línea de conducta. Múltiples métodos, multiplicidad de líneas de conducta posibles. Cada situación concreta se ofrece como una incógnita. ¿Cómo convertir un caso particular en un caso singular? La conversión dependerá de lo que sea cada vez el valor particular. Evaluar cada vez el valor particular: desmontar localmente el engranaje del poder total: un valor particular es, desde el punto de vista del poder social, encarnación, síntesis, expresión del poder total, pero expresión que es ella misma un poder. Descifrarla como expresión no le quita su poder ni lo hace útil para otros usos que los institucionales. No basta, sin duda, el arma de la crítica, es preciso pasar a la crítica de las armas ¿pero qué armas?

La función sustitutiva puede ser incluso la misma que se sustituye, si se logra con ello invertir el uso del poder en lugar de reproducir-

lo en su modo presente. Quiere esto decir que en determinadas condiciones locales y temporales ejercer el contrapoder puede no ser sino usar la función social asignada, aplicarla como tal. Sea un profesor de física que expone la teoría de la relatividad: puede convertirla en arma crítica del contrapoder para derruir la concepción del mundo y las relaciones de poder levantadas sobre el modelo newtoniano y avaladas por él: el determinismo, el mecanismo, el cogito, la hegemonía del observador absoluto, el espacio de la representación centrado en él, la representación desplegada en el tiempo absoluto. Y ello, exponiendo la teoría de la relatividad —hablando rigurosamente de física. O bien, sea un historiador que se ocupa de las guerras civiles en una formación social. Puede no precisar un solo comentario de su parte, ó sólo hacerlos como de pasada: que hablen los documentos, él es un artesano que conecta pedazos de historia, que pone en resonancia unos documentos con otros y "deja" que el lector saque las consecuencias. Ya ni siquiera describe, sino que obliga al poder del discurso histórico a volcarse contra sí mismo, a emplearse en contar el negativo de la historia institucional, la contra-historia (pero es historia!); y he ahí que los padres de la patria terminan contando, desde el fondo de sus panteones, la historia viva, la que corre ante nuestros ojos... Ese es el estilo del contrapoder, no exento de humor, no de astucia ni de imaginación. O la ausencia de estilo, como se quiera. Lo cierto es que esas máquinas funcionan, pese a algunas pataletas del eterno Wilamowitz.

Sustituir una función del poder por la misma bajo un contrapoder es un método sutil y potente: se encuentra apoyo total en el poder del discurso, se "esconden" los enunciados activos, se disfrazan con los enunciados del saber institucional. Pero es una sustitución difícil y llena de riesgos, porque el poder del discurso cuenta, sigue contando, con la máxima hegemonía, y el saber institucional como memoria central, tiende a distor-

sionar el sentido activo de los enunciados. (Es una vieja historia, esa de cómo se roba la cadena significativa cuanto hay en ellos de subversivo). La sujeción al discurso se torna fácilmente, en tales condiciones, sumisión, precisamente por la presión que sobre los enunciados del contrapoder ejercen los enunciados del saber institucional. Y sin embargo, cuando se logra esta sustitución, cuando se vencen los riesgos mencionados, el resultado es seguro como génesis de contrapoder.

El profesor Nietzsche hace otro tipo de sustitución: en lugar de la memoria central del saber institucional, emplea otra, la del saber inspirado por Dionysos (Nietzsche sólo tiene plena conciencia de lo que ha hecho mucho tiempo después, pero ¿qué importa?). Y a continuación habla, escribe, piensa una contra-filología (pero es filología). Dicho de otro modo, Nietzsche desaprovecha al máximo el poder del discurso —se sujeta al mínimo, explicita su descarte del saber institucional, introduce un “elemento esotérico” fácilmente detectable por los guardianes del orden del discurso. Pero ¿no es Dionysos mismo quien actúa así, despilfarrador, generoso hasta el exceso, poco cuidadoso de sí mismo? Nietzsche debe abandonar la universidad por escandaloso... (Dionysos sin embargo seguirá danzando, en él y en el afuera). (Pero “dejemos al señor Nietzsche”, al menos por el momento).

El primer caso (función sustitutiva igual a la sustituida) es el del uso pleno de la memoria central del saber, el del uso de la autonomía relativa hasta llevarla a su punto de conversión en contrapoder. El segundo es el de la puesta en desuso de la memoria central del saber institucional y su sustitución por otra: de ese modo todo empleo de la autonomía relativa se convierte en directa producción de contrapoder.

Estas dos funciones sustitutivas son casos extremos en relación con el uso de la memoria central. Entre ellas, hay un conjunto de funciones intermedias, no en su efica-

cia (la cual sólo puede evaluarse rigurosamente en cada situación concreta) sino en relación con el mayor o menor uso que se haga del saber institucional en tanto que memoria central.

Otro tipo de función sustitutiva: no una memoria central, de ningún tipo que sea, sino conversión de la memoria central en una auxiliar entre otras. Sea el Teatro y su Doble, de Artaud: al discurso teatrológico desplazado, lo conecta con, por ejemplo, el discurso de la metafísica. No se trata, en lo que se produce, de un nuevo texto teatrológico, aun cuando se puedan hacer —ya se hacen— obras de teatro inspiradas en el Teatro y su Doble. Hay algo más, hay un flujo, una cantidad incontrollable de (contra)poder que circula por todo el libro y se libera en cada (re)presentación artaudiana: flujo de metafísica que potencia el discurso del teatro hasta sacarlo fuera de la representación. Descentrar al teatro, conectarlo con la peste, con la alquimia, con la historia, con la revolución. Y sin embargo, es un texto de teatro, un teatro que hiere persistente al teatro de escena, y que lo hiere quizá en su punto más fuerte, en la escena (pero, ¿hay escena? ¿no es mejor el doble de la escena, la vida en la escena?) —un contra-teatro.

Todavía otro tipo de sustitución: ninguna memoria del saber, ni auxiliar ni central. Simplemente, establecer un sistema de referencia actual, en el saber, que permitan concebir a éste no como memoria del pasado sino como producción del porvenir. Ya no se trata de interpretar el pasado, sino de adivinar el porvenir (sustitución creativa por excelencia). Klossowski y su meditación sobre las perspectivas actuales del complot nietzscheano, en la ignorancia de cuanto se ha dicho sobre Nietzsche, es un ejemplo que valdría la pena de estudiar en detalle: se trata de uno de los más rigurosos ejercicios del contrapoder, se trata de la prolongación, la multiplicación del contrapoder generado por los trabajos del profesor Nietzsche, merced a la aplicación de otro método que

el utilizado por éste en su momento.

No intentamos definir un sistema de funciones sustitutivas. Los ejemplos no tenían otro objeto que mostrar la factibilidad de construir tales funciones en condiciones locales y temporales especificadas. Cada uno puede buscar los ejemplos que le sean útiles, cada uno puede imaginarse los métodos más viables para, a su vez, ejercer el contrapoder en el lugar que ocupa dentro del campo social, en el momento calculado.

7. Sí: en el momento calculado.

Todo es objeto de cálculo en la génesis del contrapoder, todo debe tratarse como problema de cálculo: cálculo de la cantidad de poder social adscrita a la función sustituible: cálculo estimativo de la cantidad asocial de poder liberable bajo sustituciones también calculables: cálculo de la correlación de fuerzas y de los efectos del contrapoder...

Se comienza por examinar el valor particular que la función social —para nuestro caso: “el profesor”— toma en un lugar y tiempo determinados. Ello porque no se sustituye una función social como tal sino el valor particular que la misma toma en algún punto del campo social. Este examen tiene por objeto especificar: posición de clase, posición de funcionario y condiciones de vida y de trabajo del profesor en tanto que valor particular de la función social “profesor”, triple determinación que brinda el inventario de los recursos con que se cuenta, local y temporalmente, para la transformación del caso particular en caso singular: cálculo de la cantidad de poder adscrita a la función sustituible, establecimiento de las modalidades de ejercicio del poder en una cierta localización del campo social y en un cierto momento, señalamiento de las posibilidades locales y temporales para el ejercicio del contrapoder. (Este campo de posibilidades, que teóricamente parecería ilimitado debe reducirse a un número finito de posibilidades prácticas desde el momento en

el cual la triple determinación se establezca correctamente).

A nadie escapan las dificultades que existen para establecer tanto teórica como prácticamente unos criterios que faciliten esta triple determinación. El problema es urgente, sin embargo. A título de hipótesis de trabajo, ponemos a su consideración las siguientes proposiciones:

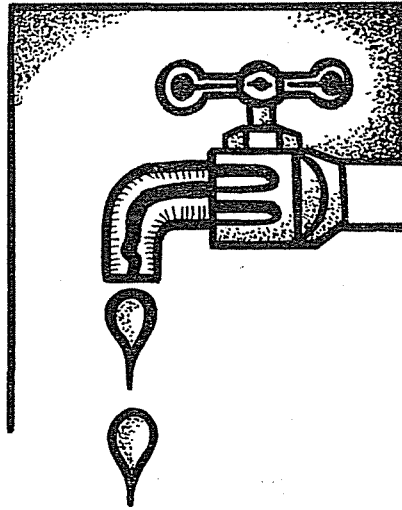
Proposición 1: Por posición de clase de un sujeto —el eventual agente del contrapoder— entender una cuantificación de las relaciones que sostiene con los distintos socios de su actividad en el seno de la práctica social: el socio amoroso, el socio o los socios de la amistad, el socio de paternidad o familia, el socio de corporación.

La vida social se realiza en medio de grupos que ponen en juego alguno de estos socios. Ignorar alguno es no tomar en cuenta, simple y llanamente, alguna dimensión sustancial de la vida del sujeto.

Mutilarlo. Puede que así, reprimiendo la cuantificación de alguno o algunos de los tipos de relaciones que el sujeto desarrolla en la práctica social, sea más fácil caracterizarlo en cuanto a su posición de clase (¿pero más fácil para quién?); en cualquier caso es un escamoteo del sujeto real y de la clase.

La posición de clase tiene la forma de la sexualidad que agencia-mos, de los amores que gestamos; la posición de clase informa nuestras relaciones amistosas no menos que establece el sentido de nuestra paternidad y el carácter de la familia que producimos. Nada de vida privada y vida pública; nada de minimizar la importancia real de la clase al considerarla inoperante, inactuante por nuestra vida amorosa, en nuestras relaciones amistosas, en nuestras familias... la posición de clase está fijada por la cuantificación de esas relaciones no menos que por la cuantificación de las relaciones del sujeto con sus grupos de interés o de corporación.

Se acostumbra (en los círculos del "marxismo soso") resaltar este último tipo de actividad —la corporativa— como la verdaderamente caracterizante de la posición de clase del sujeto. Con ello se hacen pasar a la vida privada determinaciones fundamentales de la posición de clase. La actividad en los grupos corporativos, sindicatos, partidos, asociaciones de trabajadores, etc.; la participación en la vida gremial, el modo como en ella se participa, todo ello provee sin duda índices importantes, pero no todos: muchas actividades del sujeto revolucionario exceden la vida puramente corporativa...



En última instancia la posición de clase está indicada por la relación de propiedad que un sujeto tiene con los medios de producción en una sociedad determinada, sea como poseedor o como no-poseedor de los mismos. Es la vida toda del sujeto la que se desenvuelve como el desarrollo de esta relación básica con los medios de producción sociales. Pero no solamente la vida como producción de bienes materiales, sino también como producción de voluptuosidades y enunciados. La posición de clase no solamente está indicada, como tantos lo quieren, por el lugar que el sujeto ocupa en la economía política del trabajo, está indicada también por la posición del sujeto en una economía política del deseo y de la lengua. La posición de clase es síntesis de múltiples determinaciones. La máquina social pasa por nuestros sueños, por

nuestras conversaciones; ella concede las palabras a nuestros afectos y manipula nuestras relaciones de filiación y de alianza, pero siempre en un juego de mediaciones, nunca de manera directa. Estas mediaciones son realizadas en los grupos que habitamos (o que nos habitan, ya no se sabe). Piezas de la máquina social, nunca nos conectamos con ella como un todo sino con las partes suyas en donde se desarrolla nuestra vida. La posición de clase no es una determinación inmediata ni simple, sino mediata y compleja. La posición de clase debe ser una determinación no esquemática de la situación del sujeto en el seno de la vida colectiva, y los índices que la especifican deben corresponder a cuantificaciones de todos los niveles en que esa vida se despliega: pues esos niveles existen, a pesar de todo intento de reducirlos a uno solo "en última instancia".

Existen, e inciden y reinciden unos sobre otros, como que cada uno de esos niveles y cada uno de esos grupos en que se perfila nuestra práctica social corresponde al desarrollo de una pasión (Y las pasiones son eternas de naturaleza): amor, amistad, paternidad, ambición, las pasiones de la vida colectiva. La lucha de clases es una lucha apasionada, o no es nada, y la posición de clase no es sólo la posición de la ambición (o como dicen algunos "la posición del interés"), es un modo de situarse el sujeto ante sus pasiones y las de los otros, un modo de asumir el principio de realidad.

El análisis de la posición de clase es imprescindible para calcular la cantidad asocial de poder liberable bajo la transformación del caso particular en caso singular. La potencialidad revolucionaria de los amores, amistades, alianzas y filiaciones, corporaciones, indica la medida del contrapoder posible. Por el contrario, el aburguesamiento de los hábitos, el empobrecimiento de la vida sexual, la degradación de los objetos amorosos, la paulatina gregarización en los grupos corporativos, es una medida de la impotencia para escapar de la coer-

ción del caso particular, o en todo caso de la dificultad para hacerlo.

La evaluación, la cuantificación de las relaciones sostenidas por el sujeto con los diversos grupos de su existencia social, no puede realizarla, exhaustivamente, sino el sujeto mismo. ¡Qué le vamos a hacer! Los tribunales, del tipo que sean, nunca le han servido al contrapoder, han sido más bien los obstáculos que el poder opone a su gestación. Se trata de capacitar a los eventuales agentes del contrapoder para que sepan proceder por su cuenta en la evaluación y el cálculo. Se trata de generalizar la reflexión —una reflexión colectiva— sobre nuestros modos de sentir, de comunicarnos, de vivir y de pensar en el seno de los grupos que habitamos en nuestra práctica social. Se trata, sin duda, de aprender a comprender y auscultar los movimientos pasionales tal y como determinan nuestros actos. Y en todo ello, quizá no se trata sino de forjar una conciencia de clase.

* *

Proposición 2: Por posición de funcionario entender —para el caso del profesor como valor particular— una cuantificación de las relaciones que el profesor entabla con la verdad y el poder del discurso en las condiciones específicas en que ejerce su función.

El tipo de discurso que el profesor agencia, el grado de penetración ideológica del saber que enseña, la articulación de su discurso con los demás de la práctica pedagógica; por otra parte; las relaciones del funcionario con los demás del mismo tipo y con las jerarquías institucionales; y, por otra parte: la relación con el poder del discurso sostenida por el funcionario, los usos que de ese poder hace, el modelo pedagógico que promueve, la relación profesor-alumno tal y como se desarrolla local y temporalmente, todos éstos son elementos que deben cuantificarse para evaluar la “posición de funcionario”.

El análisis de la posición de funcionario guarda estrechas relaciones con el análisis de la posición de clase del eventual agente del contrapoder (en particular con el análisis de sus relaciones de grupo corporativo). Pero no deben confundirse, puesto que una posición de funcionario puede ser ocupada por sujetos con muy distintas posiciones de clase. (Profesores arribistas, profesores aburguesados, profesores desclasados, profesores lumpen, profesores proletarios, ¿quién no los conoce?).

El potencial revolucionario de una posición de funcionario no lo da esta posición misma, sino la posición de clase del sujeto que la ocupa. No pida peras al olmo, no le pida al funcionario lo que sólo puede ser producto de la posición y la conciencia de clase. Intente más bien forjar esa conciencia de clase, en usted y en los otros: no hay otra forma de aprender a otorgar un sentido revolucionario al uso de las cantidades de poder que se le asignan como funcionario.

En cambio, el análisis de la posición de funcionario es el que permite calcular la cantidad de poder social adscrita a la función (bajo un valor particular). Esta cantidad depende de la posición del funcionario en el marco de la política de la verdad, y no de su posición de clase, aunque ciertamente haya una correspondencia entre las posiciones de clase de la gente y las funciones que socialmente se le permiten desarrollar: una correspondencia entre la posición de clase y la cantidad de poder de que se puede disponer en el reparto social del poder.

* *

Ahora bien, si por un lado “posición de funcionario” y “posición de clase” no deben confundirse, por el otro lado tampoco debe confundirse el análisis de la posición de funcionario con el análisis de la función social. A muy pocos, al parecer, preocupa el distinguir entre “el profesor” como función social y el profesor, un profesor, del campo social. Se sigue confundiendo al sujeto con su fantasma,

al atribuírsele una existencia que no es la suya, sino la de su abstracción...

Lo corriente es aplicar a la posición de funcionario las determinaciones encontradas para una función social por lo demás incorrectamente caracterizada: se considera a las funciones sociales como funciones de una sola variable, cuando en realidad lo son de tres... Toda función social se establece sobre un régimen de poder, y si el trabajo produce el poder, es la lengua la que lo registra y el deseo quien lo consume. Todo va junto, desde la infraestructura de la producción social: deseo, trabajo y lengua.

Pero al tomar la función por el funcionario se niega toda particularidad, todo orden de realidad a cada uno de los puntos de la función en el campo social. Los valores particulares, como especificidad concreta de la función aplicada (y toda función social está aplicada), se pierden de vista en nombre de generalidades vacías. Nada de diferencias, todo homogéneo, todos los maestros iguales, todos traficantes de ideología, todos mercaderes de conocimiento, simple encarnación de un fantasma teórico... No importa distinguir saberes ni relaciones del poder con la verdad; todo lo que especifica la posición de funcionario se borra cuando se desconoce a éste su existencia real, cuando se la escamotea por una existencia fantasmática.

El problema político de allí derivado es grave: se imposibilita la acción. Entre el sujeto real y el fantasma se establece una identidad de principio tal que ningún recurso basta para diferenciarlos. Haga lo que haga el sujeto aparecerá como producción de fantasma. No puede hacer sino una política fantasmática, en un mundo que no puede concebir sino como fantasmagoría.

Distinguir, a este respecto, “posición de funcionario” de “función social”, quiere decir: dar al sujeto, eventual agente del contrapoder, una posición real, un asentamiento social desde el cual pueda

proceder a una politización de su práctica social; reconocer al sujeto una participación en el reparto social del poder en lugar de decirle que ese poder es impotencia; ofrecerle la posibilidad de usar revolucionariamente de él, en lugar de autoconsumirlo para la digestión del fantasma con quien casi todos quisieran identificarlo...

8. *Proposición 3:* Por condiciones de vida (del eventual agente del contrapoder) entender el conjunto de los medios de producción con los que el sujeto se conecta en los procesos de su práctica social. Por condiciones de trabajo entender el conjunto de medios de producción con que el funcionario se conecta en el ejercicio de su función.

El conjunto de las condiciones de trabajo, haría parte del conjunto de las condiciones de vida, sin agotarlo, como debe ser. La vida del sujeto excedería la vida del funcionario que es a veces. Vivienda, alimentación, salud, diversiones, educación, no menos que los instrumentos de trabajo "propia-mente dichos", todo ello hace parte de los medios de producción y reproducción de la vida del sujeto.

El análisis de la posición de clase corre parejo con la determinación de las condiciones de vida del sujeto. El análisis de la posición del funcionario corre parejo con la determinación de las condiciones de trabajo. Las mismas condiciones de vida tienen distinta significación según la posición de clase del sujeto a quien condicionan. Las mismas condiciones de trabajo tienen muy distinto valor según la posición de clase de quien ocupa la posición de funcionario en esas condiciones.

Por ello no es posible separar el análisis de las posiciones del análisis de las condiciones. Es el análisis de la posición de clase el que puede dar cuenta de la relación (de propiedad o no propiedad) que el sujeto sostiene con los diversos medios de producción (o condiciones de vida) con que entra en contacto en los procesos

de la vida social. Es el análisis de la posición de funcionario el que puede proveer los elementos para evaluar la relación que éste sostiene con sus condiciones de trabajo.

Sin la especificación de la triple determinación, el eventual agente del contrapoder carecería del contexto para la realización de su proyecto. ¿Dónde sustituir, cuándo? Siempre: aquí y ahora. Pero ¿dónde es aquí, cuándo es ahora? La respuesta debe darse en términos de la triple determinación, de la evaluación y el cálculo del valor particular tomado por la función sustituible en el lugar ocupado por el eventual agente del contrapoder.

Ahora bien, con la triple determinación no se ha construido aún ningún contrapoder, no se ha pasado aún del arma de la crítica a la crítica de las armas. La solución del problema del contrapoder: encontrar la función sustituti-va, apenas comienza a sugerirse.

III

9. Hemos dicho: cuantificar, cuantificarlo todo en la vida del sujeto, su posición de clase, su posición de funcionario, sus condiciones de vida y de trabajo —una serie de elementos y relaciones que determinan al sujeto en el seno de la práctica social—, pero en ninguna parte nos hemos explicado a propósito de lo que sería esa "cuantificación".

Hemos intentado, en todo caso, no valorizar ni desvalorizar de antemano ningún tipo de tomas de posición; no nos hemos interesado por definir lo que sería el tipo de amor revolucionario ni el reaccionario, ni por caracterizar las relaciones de amistad burguesa o proletaria, ni nada por el estilo: no lo hemos necesitado. No queremos, no proponemos ninguna tabla de valores para que, situada en la base del cálculo de la triple determinación, haga de este cálculo la simple aplicación de mecanismos para extraer "la verdad" —la adecuación a las tablas— o "la falsedad" —la inadecuación— de una toma de posición cualquiera. Con

procedimientos así no se haría sino burlar la esencial oportuna crítica con que el eventual agente del contrapoder debe asumir cada situación concreta, sustituir la apertura crítica por un cierre, tarde que temprano, dogmático: la situación concreta, el modo como unos elementos y relaciones sociales se articulan en ella, quedaría denegada en su especificidad; se iría a ella cual si ya hubiera sido vista —con "los ojos de la teoría" seguramente—, cual si la situación concreta no pudiera sino confirmar o negar, y como sea: verificar, la tabla de valores.

Lo que se constata es una inmensa inconsciencia a propósito de nuestras condiciones de existencia social. Lo más urgente es combatir esa inconsciencia. Pues tal vez sea de ella de donde brota la necesidad, que tantos sienten, de construir, para sí mismos y para los demás, tablas de valores con base en los cuales legislar sobre el sentido de una vida que en verdad se desconoce. La ignorancia quisiera disfrazarse de sabiduría previa a lo real. Las tablas de valores son una solución moral ante el conjunto de problemas planteados por la existencia social; quieren calificar moralmente la vida de los hombres; piden ser adoptadas como hábitos de comportamiento. En lugar de contribuir a disipar la ignorancia la perpetúan, al autorizar tomas de posición ante la vida que no necesitan probarse en ésta, puesto que su valor es, de todos modos, ideal. Ahora bien, de poco vale la legislación hecha a propósito de asuntos que se ignoran: puede constatar, también, que es la vida misma la que se encarga de, impasiblemente, ignorar las prescripciones morales que se formulan sobre ella; es ella quien se encarga de despreciar los hábitos de comportamiento y exige renovarlos so pena de envilecerse; ella se apropia de los juicios de valor y para mayor ironía los parodia. Ella soporta la injusticia y la desigualdad sin precisar de ningún imperativo moral para ello...

Klossowski: "Romper con la regla clásica de la moral que vuelve al hombre tributario de hábitos

adoptados de una vez para siempre bajo el pretexto de realizar un nivel humano. En compensación comportarse según las últimas exigencias de una reflexión permanente; si una exigencia del pensamiento puede en todo momento plantearse de manera imprevisible, ello se debe a que puede nacer del comportamiento mismo, y de esta forma exponer a éste al descrédito de una actitud contradictoria. Así pues, nunca un comportamiento podría aparecer limitado por su repetición regular, y por consiguiente, tampoco restringir al pensamiento: un pensamiento que encierra al comportamiento, o un comportamiento que encierre el acto de pensar, obedecen a un automatismo indudablemente útil: que afianza la seguridad. En realidad todo pensamiento que termina experimentando el malestar de este estado provisorio testimonia cansancio. Todo pensamiento que se deja sorprender por un replanteamiento a partir de un acontecimiento íntimo o exterior, testimonia capacidad de reanudación".

Las tablas de valores son un límite moral impuesto al comportamiento: hábitos, líneas de conducta adoptados "de una vez para siempre": modos de reducir el comportamiento a la repetición regular de mecanismos automáticos para garantizar la seguridad del sujeto en sus actitudes y acciones frente a la existencia (incluso si ello lo conduce a experimentar malestar, a testimoniar cansancio: es que "la moral es cansancio"), y en consecuencia, al pensamiento a rumiar una representación desde siempre ya vista: la existencia en tanto que realización de valores establecidos en el principio. En estas condiciones al pensamiento se le prohíbe, de una vez para siem-

pre, reflexionar. Sólo puede producir juicios de valor.

...Sería preciso aprender a vivir una existencia plenamente amoral: aprender a comunicarse, a actuar, a pensar, a hablar sin juzgar; alcanzar ese punto en el que la reflexión permanente haga inútil todo juicio de valor. El tono judicial es inseparable de los discursos del poder. El poder precisa de jueces en todos los ámbitos de la actividad humana: se funda sobre el control de los hábitos de comportamiento de la gente, control que es asumido bajo la coartada moral de su seguridad, de la "realización de un nivel humano".

Hasta aquí, nos hemos interesado, ante todo, por hacer el inventario de los elementos y relaciones que deben "cuantificarse" para especificar, por la triple determinación, el valor particular de la función social "profesor", en el lugar y tiempo en que se plantea la posibilidad de sustituir ese valor particular por otro que, imitándolo, invierta sin embargo el uso de las cantidades de poder de que dispone el eventual agente del contrapoder, en tanto que funcionario profesor.

Si en la cuantificación no se introduce ninguna tabla de valores, ningún código moral de base para juzgar esas relaciones y elementos en términos de su adecuación o inadecuación a un modelo, es porque el proceso de cálculo debe producir la evaluación como 1) medición de la cantidad de poder social adscrita a la función en un punto particular y 2) estimación de la cantidad de poder liberable en ese punto, bajo la sustitución de la función social por otra construida con base en la posición de

clase del funcionario y con la condición de que reproduzca una cantidad de poder social igual, al menos, a la de la función sustituida en el punto.

"Una cantidad de poder es definida por la acción que ejerce y por aquella a la que resiste". Nietzsche.

No calificar actos, medir sus efectos... No juzgar tomas de posición, examinar su disposición, su funcionamiento, sus interacciones con otras tomas de posición vecinas, por grados de vecindad, por dimensiones de interacción, por movilización de cargas pasionales. Estudiar series amorosas, series amistosas, series de familias, buscar las resistencias y las asistencias que pueden prestarse de unos elementos a otros, de unas relaciones a otras, de grupos de relaciones a grupos de elementos. Examinar desde el punto de vista pasional las relaciones sociales de tipo corporativo. No juzgar el poder, sino ver cuánto puede, porque "no hay ninguna ley: cada poder saca en todo momento su última consecuencia. La calculabilidad radica precisamente en el hecho de que no hay otra forma de poder" (2).

Cuantificar, pues, porque se trata de expresar todo en términos de cantidades de poder. Siempre, orientarse hacia la cuantificación del poder antes que a su calificación; hacer de la calificación un índice de comparación de cantidades, un estudio diferencial de las cantidades; hacer de ese tipo de estudio la única calificación - posición posible en tanto que se suspenda la hegemonía de las tablas de valores, de las evaluaciones morales.

NOTAS

1. Véase Foucault, *Función política del intelectual*.
2. Nietzsche, citado por Klossowski.